

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3707
OFICINA mi casa de
habitación
BARRIO: La California
Av. 1º Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Sancionada y aprobada por Su Santidad Pío XI

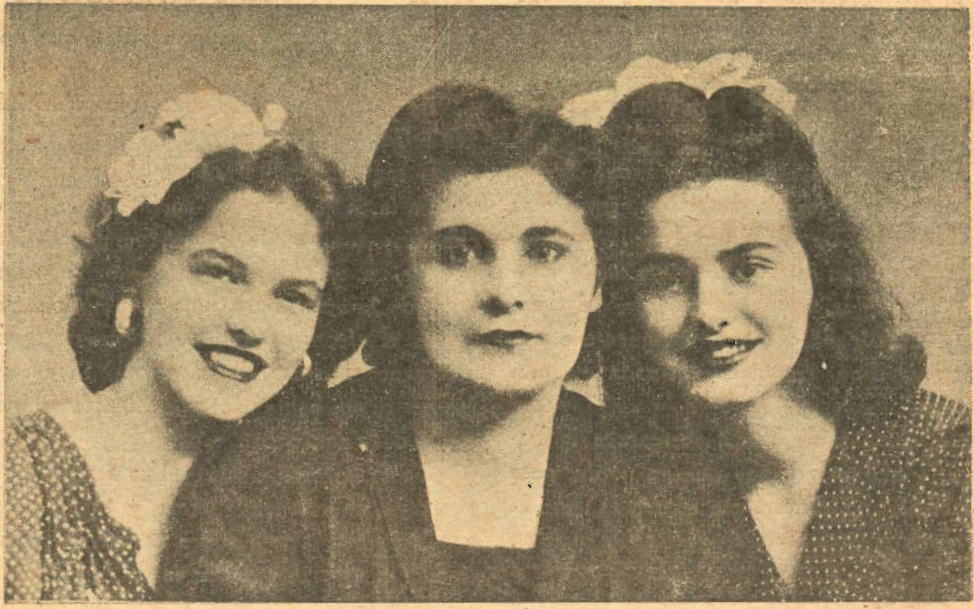
Suscripción Mensual
— de —
cuatro números
\$ 1.00

AÑO XII

San José, C. R., Domingo 17 de Octubre 1943

No. 573

Doña Lolita Pacheco de Echeverría Jiménez



Doña Lolita Pacheco de Echeverría Jiménez fué nuestra discípula y la quisimos porque era una niña muy buena. Se casó con el culto caballero don Manuel Echeverría Jiménez, siendo ella una verdadera reina en su hogar donde sus virtudes derraman todo el bálsamo de su gran fé y de su amor para los suyos.
Es la verdadera mujer fuerte del Evan-

gelio, cumple estrictamente con sus deberes de madre cristiana y además sus actividades llegan a dondequiera que se la llame y es una gran cooperadora de toda obra social pues su corazón es todo caridad. Dichosos hijos que tienen una madre tan buena! En esta fotografía sus dos simpáticas hijas demuestran toda la bondad y dulzura de su querida madre.

Tránsito, Asunción, Resurrección y Coronación de la Santísima Virgen

Según San Nicéforo, la Santísima Virgen tuvo revelación, por medio de un ángel, del día y hora de su dichoso tránsito.

Habiendo vuelto a la Palestina, quiso la Señora visitar los lugares venerables, que con mucha, pero muy elocuente voz, referían minuciosamente la historia sublime, a la par que dolorosa, de la redención del mundo.

La linda Madre del Redentor se retiró al monte de Sion, a la casa misma en que en compañía de los santos Apóstoles recibió al Espíritu Santo.

Juan, el discípulo amado, participó a Santiago, que era obispo de Jerusalén, a los parientes, amigos y demás fieles, que la Santísima Señora había regresado de Efeso a Jerusalén para morir rodeada de ellos.

“Era el día, y había llegado la hora, dice el abate Orsini, los santos de Jerusalén vieron otra vez a la Hija de David, siempre bella, porqué se hubiera dicho que esta admirable y santa criatura se libraba de la acción destructora del tiempo, y que predestinada desde su nacimiento a una completa y gloriosa inmortalidad, nada en ella debía perecer”.

Acercaos, amantes de María acercaos a la humilde casa, y ved a la Niña; que en pobre, pero limpio lecho, espera dulcemente recostada, que la guadaña de la muerte corte el precioso hilo de su vida.

Mirad, que no obstante en edad de setenta y dos años, permanecen en su purísimo cuerpo todas las bellezas, toda la frescura, toda la loanía y las gracias de una preciosa Niña de sólo quince abriles.

Ved su semblante más apacible que el alba del día, más risueño que la rubicunda aurora y más tierno que los pétalos de la azucena.

Sus torneadas manos, que su divino Esposo adornó con radiantes jacintos, bastan ser vistas para inspirar una alegría inefable y las delicias del más puro de los amores; están puestas sobre el pecho y se van a enfriar al soplo de la muerte

Los ojos de María, a los que el Espíritu Santo llamó DIVINOS, se elevan hacia el cielo, más dulces y apacibles que la luna cuando en su plenitud se levanta en su horizonte despejado.

El bendito cuerpo vistiendo sus muy pobres, pero muy aseados vestidos, tiene una compostura encantadora que inspira respeto, veneración y amor divino.

La Santísima Niña dirige a sus circunstátes, que lo eran los Apóstoles y otras santas personas, unas palabras que penetran en el fondo de aquellas felicísimas almas. Esas palabras todas son de consuelo, de instrucción y de amor. Las acompaña un despedimento y un adiós, que no sabemos si llamar triste o gozoso.

¿Y de qué enfermedad muere la admirable Virgen? Dé ninguna; muere de amor divino. Ese fuego sagrado ha llegado en el purísimo corazón de María, a lo sumo de su intensidad, y es precisa una combustión espontánea; pero combustión de un orden muy alto y muy superior a las leyes de la naturaleza, una combustión que producirá el efecto natural de la muerte; pero que pertenece al orden de la gracia. Dice san Ildefonso: o no había de morir María o había de morir de amor.

¡Oh dulce Madre mía! ¿Vas a morir? ¿Te separas ya de este valle árido y triste, Es posible que la muerte arroje sobre tu cuerpo inmaculado su hábito glacial, y te prive de la vida?

No quiso la Santísima Virgen ser exenta de apurar el cáliz que su divino Hijo apuró hasta las heces en la cima del Calvario y sobre el madero áspero de la Cruz.

Un suspiro profundo y elevado al mismo tiempo, se exhala del pecho inmaculado; pero un suspiro más limpio que el céfiro de la mañana. Es un perfume que exhala ese cuerpo purísimo, esa flor encantadora, y en el cual va envuelta el alma de María.

Muchos y muy penetrantes gemidos llenan la casa mortuoria, y una lluvia de ardientes lágrimas cae sobre el bendito cuerpo frío y exánime.

Mas aunque la muerte consumió su obra, sus horrores no pudieron aparecer sobre su víctima.

La vida huyó de aquel santo cuerpo; pero no llevó consigo, sino que dejó todos sus primores sobre el difunto cuerpo.

La muerte de la Santísima Virgen fué un sueño apacible y dulce. Su semblante estaba celestial, y los ángeles como amorosas mariposas volaban al alrededor de aquella flor del paraíso, sin vida y sin ser marchitada por el frío de la muerte. ¡Prodigio, prodigio!

Se dice que una luz sobrenatural llenó la casa mortuoria, y rodeó el cuerpo difunto. Fué sin duda, dice Orsini, la gloria del Señor que rodeaba el alma purísima de la Virgen predestinada.

El concurso entonó los cánticos fúnebres de costumbre, y los ángeles lo acompañaron dudando si debían destemplan o afinar sus instrumentos de oro. Para una y otra cosa había suficientes motivos: era preciso sentir la muerte de María, y era preciso alegrarse, era un dulce sueño, un triunfo, una gloria.

Al día siguiente se trató de la inhumación. Fue colocado el santo cuerpo en un lecho portátil, que los santos Apóstoles tomaron sobre sus hombros y la procesión fúnebre se dirigió con imponente paso al misterioso valle de Josafat.

Dióse vista al sepulcro, el cual era más bien un lecho de flores, que las hijas de Sión prepararon para el descanso de los venerables restos de la que entre ellas fue y aun era la más hermosa y santa.

Hicroteo, según refiere, S. Dionisio Areopagita, pronunció un panegírico sublime, a la vista del cuerpo exánime y del sepulcro. Otros oradores sagrados apuraron también su elocuencia en oraciones fúnebres que podían llamarse elevadas epepeyas y cantos de triunfo.

La inhumación se consumió, y los Santos Apóstoles permanecieron tres días velando la fosa sagrada que guardaba los restos de la criatura más santa, más gloriosa y más bella.

Reflexionemos ahora cuán dulce debía ser la muerte de la Sma. Virgen. Si el Espíritu Santo llama preciosa la muerte de cualquiera de los justos, ¿cuál sería la de la Reina y modelo de los justos, Se llamará preciosísima; pero créemos que este superlativo no lo dice todo. Sólo en el idio-

ma de los ángeles; o mejor dicho, en el de la divinidad podrá encontrarse el adjetivo que califique con toda propiedad la muerte de la divina Madre de Quien es el Camino, la Verdad y la Vida.

¡Oh difunto amor mío! Para mí vives aun, y yo siento al contemplarte que mi corazón se renueva, se reanima y vive mejor.

Si tu vida, encanto de mi alma, está saturada, por decirlo así, de dulzuras y de delicias, no lo está menos tu muerte! ¡Cuán hermoso y consolador es contemplarla!

¡Descansa en paz, cuerpo sagrado, en que se personifica la pureza!

¡Descansa en paz, cuerpo santo de mi amada! Descansa en paz; déjame acercarme a tu fosa, a regarla con las lágrimas que el amor arranca de mis cansados ojos. Ellas son la quinta esencia de los afectos de mi corazón.

Y tú, alma bendita, perfume de las más bellas de las flores, déjame contemplar tus raudos vuelos, tus fulgores y tu gloria...!

Aun se deja ver en la dichosa Palestina y en el fondo del valle de Josafat, el santo sepulcro de la Inmaculada Virgen, está al lado del oriente de la cruz de un magnífico templo, y hacia la mitad de ésta, se ven a un lado los sepulcros de los felicísimos padres de la Santísima Virgen, el Señor San Joaquín y la Señora Santa Ana.

Contemplamos ahora, con dulzura y delicias espirituales la gloriosa Asunción de nuestra Santísima Madre.

Ese glorioso hecho es de tradición apostólica, y la afirma aun la sola razón conforme con las inflexibles reglas de la crítica.

Siempre la Santa Iglesia ha creído y celebrado la subida a los cielos, en alma y cuerpo, de la admirable María.

Al día tercero de la muerte de la Virgen Santísima, dice San Juan Damasceno con otros muchos Padres y Doctores, llegó Santo Tomás Apóstol al lugar del sepulcro; y como no había asistido al glorioso fallecimiento de María, deseaba ver y adorar su santísimo cuerpo. Fué abierto el sepulcro, y sólo hallaron en él los lienzos mortuorios. Una fragancia inexplicable salía del santo lugar, más suave que la que se desprende de un vasto pensil. Además, habían escuchado los

Apóstoles, por espacio de tres días, según afirma San Juan Damasceno, una música celestial que hacía resonar dulcísimos acordes sobre el sepulcro, y esta melodía cesó al día tercero de la santa inhumación.

La putrefacción es el triste patrimonio de los hijos de Adán; pero no podía serlo de la purísima criatura a quien el Señor eliminó en cierto modo de los hijos pecadores, y adoptó por hija suya, para que su patrimonio fuera la gracia; patrimonio divino que recibió María desde el primer instante de su ser.

María, pues, al tercer día de su dichoso tránsito, con su alma santísima en su muy santo cuerpo, fue llevada al Empíreo en alas de los ángeles.

¡Quién podrá comprender, dice San Bernardo, la gloria con que subió al cielo la Santísima Virgen.

Ved, con los ojos del alma, con la meditación y la contemplación, que sale María del su glorioso sepulcro, y que se eleva del fondo del valle de las lágrimas, hermosa como la aurora, bella como la luna, radiante como el sol!

Ved una blanca nube, nítida como el alba del día, que se coloca a los pies de la Santísima Niña, para servirle de vehículo: ved sus vestiduras de un tizú finísimo tejido por las manos del Señor, y recamado de piedras preciosas, ved el semblante de la victoriosa Virgen...! ¡Cuán apacible, cuán hermoso y encantador!, ved que los ángeles como las doradas mariposas que vuelan al derredor de una azucena, vuelan al derredor de esa flor animada del Paraíso celestial.

Oid los instrumentos y las canciones angélicas.

María pasa los espacios y apaga la luz de las estrellas más luminosas. Todos esos cuerpos con que regó el Señor el firmamento, y publican la gloria de Dios, vuelan al derredor de la augusta Reina del universo.

La Santísima Virgen se acerca al Empíreo, se abren las doce puertas de la Jerusalén celestial, y sale a recibirla su santísimo Hijo, acompañado de los coros angélicos de la multitud de los santos.

Los Patriarcas saludan con gozo inefable a la santa criatura por quien suspiraron muchos siglos.

Los profetas contemplaban absortos a la Virgen

que predijeron sobre la tierra bajo símbolos y figuras gloriosas y llenas de misterios.

Los Mártires glorifican a su Reina, que con su ejemplo y oraciones las ayudó a ganar la palma y la corona.

Las Vírgenes, hijas de la Sion celestial, entonan himnos de la más suave melodía, a su modelo, a su Reina, a a que las enseñó a ser puras y merecer la guirnalda de las blancas azucenas que coronan sus frentes.

Los Confesores, los Anacoretas, los Penitentes: los santos todos la saludan, la veneran, la glorifican.

Entré tanto María entra al cielo, reclinada en el pecho de su divino Hijo.

El Padre Eterno extiende sus brazos para estrechar contra su pecho a su Hija predilecta.

El Espíritu divino recibe a su casta Esposa; pone en sus manos las arras del más puro de los amores y de la unión más gloriosa.

La Trinidad augusta, se empeña en saludar con gozo y con palabras dulcísimas a aquella santísima criatura que fue concebida desde la eternidad en la mente divina, primogénita entre todas las puras criaturas.

Ved, pues, amantes de la Reina de los cielos, cuán sublime es su triunfo, cuán grandiosa su Asunción a los cielos.

¿Habrá deficiencia más celestial y satisfactoria, que la que proporciona la contemplación de esa subida al Empíreo?

A vista de ese triunfo, ¿qué devoto de la Santísima Virgen, no exclama errabato de alegría: apartaos de mí, ilusiones de la tierra; retiraos de mí, diversiones y delicias ficticias del mundo; lejos de mí los bienes caducos de la tierra, sus vaporosos honores y sus placeres corruptibles; yo no quiero sino lo celestial, yo no busco sino esa hermosura que a imitación de la divina es siempre antigua, porque existe desde la eternidad en la mente de Dios, y siempre nueva, porque es la rosa del Jericó que jamás se marchita ni desmerece de color y belleza.

¡Oh cuán dulce es contemplar este hecho celestial! Los cuidados desaparecen, el sudor que arranca el trabajo, y las lágrimas que hace brotar el dolor, se enjugan como por el soplo de su blando céfiro: el corazón siente cicatrizarse sus

heridas, y experimenta un bálsamo celestial que lo baña con dulzura y lo llena de alegría indefinible: el cuerpo siente un descanso purísimo, y el alma parece anegada en un mar de felicidad.

Salud, soberana Reina, excelsa Señora y felicísima virgen.

Salud, felicidad... ¿con qué expresiones nos congratulamos contigo? ¡cuán pobre es el idioma de los hombres! ¿cuándo alcanzará a significar los afectos del corazón y las delicias del espíritu?

Tu pobre siervo, soberana Señora, que escribe para tu gloria, te felicita en los transportes más dulces de su pobre y pequeñísima alma.

Haz que la memoria de ese gloriosísimo triunfo jamás se borre de mi espíritu.

En mis trabajos, en mis tribulaciones, en mis pruebas, en mis desamparos, en mi vida y en mi muerte, haz que siempre me acuerde de ti, siempre traiga a mi memoria que subiste a los cielos para verme siempre desde allá fijando tus hermosos ojos y tu amoroso y maternal corazón, en la miseria de tu pobre esclavo y de todos cuantos te aman.

Mírame, Madre mía, gimiendo y batallando aún, en este valle de trabajo y de lágrimas. No separes de mí tus bellísimos ojos. El señor puso en tus manos mi remedio, mi consuelo, mi fortaleza y cuanto necesito para ser feliz en la vida, en la muerte y en la eternidad. ¿Sufrirá tu caridad maternal que llore sin consuelo y sea desgraciado tu pobre siervo? ¡Ah! no, no. Porque jamás se ha oído decir, dice tu gran siervo San Bernardo, que alguno que recurriese a tu amparo, que implorase tu auxilio y pidiese tu protección, haya sido desamparado e infeliz.

Pasemos ya a contemplar el complemento de la felicidad, grandeza y gloria de la Santísima Virgen: su coronación en el cielo por Reina de todo lo creado.

El Señor Dios quiso elevarla a una suma grandeza. El recibimiento que Salomón hizo a su madre, dice el Padre Croisset, fue no más que imperfecto bosquejo, una oscura sombra del que el Salvador hizo a la Santísima Virgen el día de su Asunción a los cielos. Dice la S. Escritura: levantándose el rey de su trono salióla a recibir, saludándola profundamente, y volviendo

a ocupar su solio, puso el de su madre a la derecha del suyo.

La gloria de María en cuerpo y alma dice Arnoldo, no es como la de los demás bienaventurados, porque ella sola hace clase aparte: ocupa un lugar incomparablemente más elevado que el de los ángeles, pues la gloria que posee María, no sólo es semejante a la del Verbo encarnado, sino en cierto modo la misma.

Ved, pues, ya a la excelsa Reina de los cielos y de la tierra, sentada en su trono, siendo el objeto de la admiración de todos los santos y de los coros de los ángeles.

Quiso el Señor poner por sus propias divinas manos, la corona a esta soberana Señora.

“Considera, dice el Padre Ulloa, como sentada nuestra Reina en el trono, le habló el Señor y le dijo: tres son los imperios eternos de los cielos, y siendo tres, son uno. El primero es el paternal, el segundo es el filial y el tercero el espiritual. De estos tres imperios os habéis de coronar Emperatriz, y es mi voluntad que os reconozcan y os adoren todas las criaturas”.

El Señor, pues, puso con sus propias divinas manos una corona brillantísima sobre la cabeza de la Inmaculada y bellísima Reina.

Preciso y muy natural era que la sublime Hija del rey de las eternidades fuera coronada Reina de todo lo creado.

Era forzoso que la Madre del divino Salomón, rey de los reyes, recibiera una corona eterna y se sentara en un trono inmediato al de su Hijo divino; trono que en cierta manera se unificase con el primero.

Era necesario y de rigurosa justicia que la suprema Señora, Esposa queridísima del Rey eterno, tuvieses todos los honores reales que pudiese dispensarle su divino Esposo, dándole a conocer por Soberana de todas las criaturas; para que al eco de su nombre doblasen la rodilla todos los seres del cielo, de la tierra y de los abismos.

La Santísima Trinidad, pues, coronó por Reina, por Emperatriz, por Soberana de todas las criaturas a la augusta Virgen.

Volvedla a mirar sentada en un trono de oro purísimo y de piedras preciosas.

Ved los ricos cortinajes hechos por manos di-

vinas, y colocados dentro de su trono de gloria, ondeando majestuosamente sobre la augusta cabeza de la Reina.

Ved al derredor de ese solio, volar alegres y festivos los ángeles, los arcángeles, los querubines, los serafines, los tronos, las postetades, los principados, la virtudes y las dominaciones.

Ecuchad los cánticos y alabanzas de los nueve coros, y como unen al SANTO, SANTO, SANTO, el cántico mariano Santa, Santa, Santa: Santa como concebida en la gracia, Santa como Madre de Dios, Santa como modelo de todos los santos y de los mismos ángeles.

Ved a los patriarcas, profetas, confesores, mártires, vírgenes y santos todos, postrarse ante el trono de la augusta Soberana, y cantarle himnos que no puede concebir la inteligencia viadora.

Mirad palmas, coronas, aureolas y mil signos de triunfo, de virtud y de santidad, puestos en reconocimiento de soberanía y de gloria, ante el trono de la excelsa Señora.

Ved al Señor Dios que contempla esta obra maestra de su sabiduría, de su poder y de su amor; y como le dice con su palabra que no pasa: toda eres hermosa, amiga mía, paloma mía, Hija mía, Madre mía y Esposa de mi corazón; y en ti no hay borrón, no hay mancha, ni defecto; porque en ti todo es pureza, todo hermosura, todo santidad, todo grandeza y todo gloria.

Si según la S. Escritura, ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento conoció, cuán grande es la gloria que el Señor preparó para sus santos, ¿cuánta será la que ha concedido a la augusta reina de los santos y de los ángeles, e Hija, Madre y Esposa suya?

¡Ah!, no queramos comprender esa gloria, pero contemplémosla hasta donde pueda nuestra pobre inteligencia.

Acerquémonos con la meditación un poco más hacia el trono de María.

¡Oh cuánta hermosura y grandeza! San Agustín contemplando esa hermosura, llamó rostro de Dios a María.

San Dionisio Areopagita viéndola acá en la tierra, dijo que le hubiera tenido por Dios, si la ve no le hubiera dicho que no era Dios.

San Gregorio se extasiaba contemplando esa hermosura y esa grandeza.

Los santos Padres, todos se han vuelto poetas y trovadores marianos, han apurado los vuelos del saber, las bellezas de la elocuencia y hasta las delicias de la versificación.

Mas volvamos a contemplar y hallaremos un misterio que se desprende de las Santas Escrituras: el hijo es la corona y el más bello adorno de la madre. Luego, el Verbo divino, esplendor de la gloria del Padre, es corona de María, ¡cuán hermosa debe ser la cabeza en que brilla corona tan divina! ¡cuán sublime la criatura cuyo adorno es un Dios verdaderamente Hijo suyo!

¿Y cuáles son las doce estrellas que nos dice San Juan en su Apocalipsis, que brillan también en la augusta cabeza de esta sublime Reina?

Ya responde por nosotros el sabio escritor mariano, el sentimental D. Argentán: las estrellas son los doctores católicos: las estrellas son los pastores que apacientan con excelente doctrina su rebaño; las estrellas son los predicadores del Evangelio cuyo número es mayor que el de las estrellas del cielo, y cuya luz es sin comparación más brillante, pues el Espíritu divino les promete que resplandeserán por toda la eternidad...!

¡Cuánta gloria y belleza! ¡Los santos más sublimes se consideran como adornos de María! ¡cómo estrellas que la rodean! Y ella es el sol que brilla en ese mundo sideral como el sol en el centro de su sistema.

¡Oh Virgen Santísima! ¡cuántas delicias halla el alma en esta contemplación celestial! En ella los sentidos del cuerpo se sienten purificados, los afectos del corazón se avivan y vuelan hacia los cielos; y los potencias del alma se ilustran, sacuden el polvo del mundo, sienten las influencias de una luz celestial; y las delicias de amor divino parece que llevan todo nuestro ser a las regiones encumbradas de la gloria.

Haz que siempre te contemple este tu humilde adorador.

Haz que pueda decir al contemplarte: he aquí mi dulce Madre, mi amor, después de Dios, y el caro objeto de mis complacencias.

José Francisco Sotomayor, Presb.

De: "La Mensajera de María" Méjico.

NOVELA

(Continúa)

de Mercedes Villegas, preguntándole llena de cariñoso interés si aquel Juan de Mendoza, del Puerto, era el hermano adorado cuya ausencia no cesaba de llorar. A la amiga del corazón, á la hermana del alma, no quiso engañarala Elena, y, exigiéndole la más absoluta reserva, le escribió toda la verdad. Pero con el resto de la gente no podía hacer lo mismo. ¿De qué le iba á servir entonces haber ocultado tan cuidadosamente su nombre, si ahora lo revelaba?... Se hablaría de ella doblemente. Iba á resultar peor el remedio que la enfermedad. Y, de común acuerdo, abuela y nieta, prevenidas por la carta de Mercedes del aluvión de preguntas que se les venía encima, decidieron combinar una historia á la que daban visos de verosimilitud las conocidas aficiones literarias de Juan de Mendoza; historia que fué crédulamente acogida por la mayor parte de sus amigos. Al forjar esta inocente mentira, no pensaron que sería el primer eslabón de la larga cadena en que estaban envueltas, con gran mortificación de Elena, á la que tanto hacían sufrir, por ser las primeras salidas de sus labios.

Pronto tuvieron que poner en práctica lo acordado. La señora de Gómez, antigua amiga de D^a Isabel Quintana, fué la primera en acudir á su casa. Apenas saludó a las dos mujeres, exclamó:

—Isabel, estaba deseando venir a verte para darte la enhorabuena por el gran éxito de tu nieto.

—Gracias, Micaela.

—¿Es en verdad, el autor de esa novela tan bonita que han premiado en un concurso?...

—Sí, es él.

—¿Pero ha habido noticias tuyas?... ¿Cuándo viene?... ¿Qué hace?... ¿Ha ganado mucho dinero?... ¿Mandó el libro di-

rectamente a Madrid, o por vuestro conducto?... ¿Por qué ha estado tanto tiempo sin escribiros?...

—Con decirte que desgraciadamente continuamos sin noticias—contestó con amargura Da. Isabel,— excuso responder a tus demás preguntas.

—Entonces... ¿no comprendo!

—Pues hija, es raro en una persona tan lista como tú—ya sabía Da. Isabel lo que se hacía al llamarla lista, para obligarla a comprender cuanto ella deseaba que entendiese.—¡Me extraña que desde el principio no lo hayas adivinado!...

—Sí... Te diré... pero explicámelo tú primero, a ver si es lo mismo que yo había pensado.

Y la señora de Azor, fingiendo dar crédito a las palabras de su amiga, continuó:

—Ya recordarás la gran afición de Juan por la literatura y los cuentos y poesías que publicó con general aplauso. Pues bien; días antes de ocurrir nuestras desgracias, había terminado esa novelita *Dos corazones*; lleno de entusiasmo se proponía imprimirla: La pérdida de su fortuna y su precipitada marcha le impidieron realizar sus deseos. El pobre estaba muy encariñado con su trabajo, cosa muy natural en los autores noveles; creyéndolo su obra maestra, no quiso llevárselo, ante el temor de perderlo en el viaje, y dejó el manuscrito a su hermana haciéndole prometer que, si él enviaba algundos fondos, o si por cualquier otra circunstancia imprevista encontraba ocasión para ello, lo mandaría a la imprenta. Elena no olvidó la promesa, y al leer el anuncio del concurso apresuróse a cumplirla... Ya ves que la cosa no puede ser más natural.

—En efecto, exactamente lo mismo que yo me figuraba. ¿Y cómo no me hablasteis nunca de esa novela?...

—Ya recordarás el carácter exageradamente reservado que tenía Juan. Consecuente con él, rogó a su hermana no hiciera mención de su libro hasta que llegase el momento oportuno.

—¡Vaya un alegrón que va a tener con su triunfo, si Dios permite que regrese algún día!...

¡Cuánto trabajo les costaba retener sus lágrimas a las dos pobres desgraciadas, cuando oían estas o parecidas reflexiones!...

La visitante, una vez satisfecha su curiosidad, y dejado bien sentada—según ella creía—la fama de su perspicacia, habló de dos o tres cosas insignificantes, y, ratificando su enhorabuena, se retiró, siendo pronto reemplazada por otra, a la que volvió a repetírsele la misma historia.

Muchísimo sufrían abuela y nieta con estas escenas que renovaban sus recuerdos y amarguras, a más de violentarles sobremanera el continuado mentir a que se veían precisadas. Decidieron también que, si pedían antecedentes del joven autor persona extraña a las localidades donde era conocida su incipiente fama de poeta, contestarían lo más brevemente posible al interrogante, sin fijar, ni fecha de la ausencia de Juan, ni lugar de su residencia, procurando encaminar la conversación al tratarse de este asunto más bien hacia la obra que hacia el autor, para evitar comentarios, admiraciones o suspicacias, y acaso la adivinación de la verdad, que tanto aterraba a Elena. Este fué el plan seguido con Roberto.

Al fin pasó la novedad; buscó la atención general distintos derroteros, según las cosas que iban ocurriendo, y todo quedó tranquilo al parecer, en la casita de Da. Isabel Quintana.

En cuanto a la novela, tanto Mercedes Villegas, como la abuela y la nieta, guardaron tan bien el secreto, que nadie sospechó quién era el verdadero autor de *Dos corazones*.

IX

Llegó Roberto al Hotel, y como aun era muy temprano para ir a la estación, pidió plu-

ma, papel y tintero y comenzó a escribir:

“Puerto de Santa María, noviembre 15.

“*Sra. Da. Elisa Arana de Gutiérrez*

“Amada abuelita: Allá, en los esplendores de la gran Metrópoli, ¿se acuerda usted alguna vez de este pobre ingeniero, voluntariamente desterrado por unas horas en este lindo pueblecito de Andalucía, lejos de amigos, tonto más queridos cuanto más distantes?

... Yo sólo sé decirle que usted y los suyos jamás se apartan ni de mi memoria ni de mi corazón, y, a pesar de que usted cree que tengo atrofiado este importante órgano, cuando de ustedes se trata palpita tanto y tan fuerte, que ganas me dan de llamarlo al orden.

“Estuve en Sevilla una semana. Trabajo me costó abandonar la poética ciudad del Betis. Me encantaron su cielo, su luz, sus anchas plazas, sus estrechas calles y sus grandiosos monumentos.

“La gallardía de la Giralda y la hermosura de la Catedral, hacen sentir al hombre su pequeñez y la grandeza del Omnipotente, mejor que ninguno de los templos donde yo he estado.

“Subí a la Giralda; Sevilla, vista desde aquella altura, con sus azoteas y sus balcones llenos de flores, parece un inmenso jardín, en el que enhiestas se alzan las torres árabes, góticas o del Renacimiento, que ostentan sus artísticas iglesias... ¡Flores! Yo creo que ésta es por antonomasia la ciudad de ellas; por todas partes se ven, ya colgando entre las caladas rejas, ya prendidas en los negros rizados de las sevillanas.

“Los sublimes Cristos de Montañés y las bellísimas Vírgenes de Murillo hacen vibrar las almas con impresiones desconocidas.

“El Alcázar, un primor del arte sarraceno, lo transporta a uno a tiempos heroicos ya pasados, y nos habla de moros y de cristianos, de reyes y de favoritas.

“La casa de Pilatos, es un conjunto delicioso de árabe, gótico y Renacimiento. Lo que mayor asombro causa en ella es el brillo sin par de sus alicatados; para mí—no me

cabe la menor duda—el artífice que los fabricaba fué algún poderoso brujo, que, por medio de sus artes mágicas, robó al Sol uno de sus rayos esplendentes y lo fundió con el barro de donde surgían; sólo así pueden explicarse esos vivísimos reflejos que semejan chispas de luz.

“En el Museo, en Santa Paula, en San Lorenzo en la Caridad, en San Marcos, en Santa Marina y en tantos otros sitios más, no se cansan los ojos de admirar maravillas inenarrables.

“Mis impresiones en Itálica... las dejo para contárselas de palabra; son un poco largas y complejas y no puedo darles cabida en una carta.

“Se me olvidaba decirle que he visto a Curro Mínguez. Me presentó a sus padres, unos señores muy simpáticos y distinguidos. En breve se marchará Mínguez al cortijo, según me aseguró, con verdadero propósito de trabajar. Estas buenas resoluciones han contribuido al perdón que generosamente le han otorgado en su casa, por su mala administración de los paternos fondos en Buenos Aires. Pero... no sé por qué, esos propósitos de trabajo me resultan en él una de sus muchas fantasías. Me convidó a almorzar una mañana en la Venta de Eritaña, un lugar encantador, próximo al río; una especie de paraíso terrenal lleno de quioscos y merenderos, árboles, plantas y flores.

“Elegimos para nuestro banquete un pabellón situado en alto.

“Antes de subir llamó mi atención un cartel pegado en uno de los maderos sobre los cuales se alza el pabellón. Acerqueme a curiosear aquello y me hizo bastante gracia leer una décima, obra quizá del dueño de la Venta o acaso de algún poeta de los de servilleta al brazo, y no le extraña a usted esto: creo que poco o mucho todos deben de ser poetas en aquella bendita tierra; lo da el ambiente, el sol, el aire, la luz, las flores. El cartel dice así:

“A la sala de este puente,
Hecho de buena madera,

Puede subir cuando quiera
Toda persona decente.
Se sirve muy diligente,
Con esmero y mucho agrado,
Buen vino, carne, pescado,
Con especiales avíos.

¡Se celebran desafíos!...

(El dinero adelantado).

“También me hizo reír la siguiente copla, que escuché a lo lejos mientras almorzábamos; última palabra de la hipérbole de estos simpáticos andaluces:

“El glorioso del Rey San Fernando,
Mi Sevilla a los moros ganó;
Con la espada en la mano derecha,
En la otra la Virgen y en la otra el pendón.

“—¡Pero Curro!—exclamé al oirla.—
¿Cuántas manos tienen sus paisanos?

“—Primero, permítame que le haga observar una cosa: San Fernando no era sevillano.

“—Es cierto.

“—Después le diré que aquí hay de todo el doble que en todas partes...

“Muy encarecidamente me rogó Mínguez enviase a usted en su nombre muchos y afectuosos recuerdos.

Y vamos a la apuesta... Me parece oirla decir: “¡Ya era hora!...” No crea usted que la he dejado para lo último por retardar el confesarme vencido; no, señora; escribo a usted mis impresiones por riguroso orden cronológico. Continuamos en plena interrogación; Juan de Mendoza está ausente; viaja por el extranjero y no se sabe a punto fijo dónde se halla, porque tiene a los suyos sin noticias desde hace tiempo (no me he atrevido a preguntarles cuánto, para no ser tachado de indiscreto). Por lo pronto, me parece que el ilustre autor no es muy amante de su familia. Esta ignora cuándo piensa volver. Es joven; en eso ha acertado usted; en lo demás, seguimos en la misma incertidumbre, y la apuesta queda en pie.

“Por lo que anteriormente digo a usted, habrá comprendido que estuve en casa de

Mendoza. Una casa muy limpia, muy blanca, muy alegre, muy modesta, muy llena de flores, como todas las de Andalucía. Conoció a su abuela, la Sra. Da. Isabel Quintana de Azor, viuda, por lo que me dijo, de un General, y a su hermana Elena de Mendoza. La primera es una viejecita encantadora, amable, distinguida, que sufre con verdadera resignación su ceguera y la ausencia de ese nieto, del cual se muestra tan orgullosa. . . Pero conste que este no es voto a su favor. Sabido es que para las madres (y las abuelas lo son dos veces) sus hijos son los mejores del mundo.

“La hermana es hermosísima; una de las mujeres más lindas que he conocido. . . ; No se sonría usted, abuelita! . . . Yo contemplo la belleza del sexo débil, como se admira la de las estatuas y cuadros de los museos; es decir, aun con más recogimiento, porque éstas son obras de los hombres, y aquélla de Dios, el Artista Supremo. Y, a propósito de estatuas, le diré a usted que la Srta. Elena de Mendoza habla muy poco; se me figura que tiene escasa inteligencia. Ganas dan de decirla con el fabulista:

“Tu cabeza es hermosa,
Pero sin seso”.

“Quizá el bueno de Juan de Mendoza, poeta de corazón, haya abandonado sus lares huyendo del ambiente burgués de aquella casita, donde los placeres del espíritu deben de tener tan poca cabida. Claro, que estas son suposiciones mías.

“Contésteme a vuelta de correo, al Alhambra-Palace, de Granada. . . Y ahora que hablo de Granada. . . Si hubiera usted podido contemplar a la esfinge (léase Elena de Mendoza), y verla animarse al pronunciar el nombre de la tierra en que nació. . . ; Qué entusiasmo! ; Quién lo creyera en aquella estatua de nieve? . . . ; Ve usted? . . . Otra vez el calificativo de estatua vino sin pensarlo a mi pluma. Decididamente, es el que le conviene. . . Si no fuera por los ojos. ; Qué ojos! ; Se puede ser tonta con esa intensidad

de expresión? . . . Y lo raro es que juraría haberlos visto en alguna parte. ; Verdad es que suele haber tantos iguales! . . . Aun cuando como estos es difícil encontrarlos.

“Escríbame pronto y cuénteme todo lo que hacen. Yo, abuelita querida, le doy el ejemplo. Por cierto que se me olvidaba decirle una cosa. Al abandonar la casa de la señora de Azor, hallábase en la puerta, sentada en un escalón, una mujer del pueblo, rodeada de chiquillos, a la que la hermosa Elena habéa ofrecido una canastilla hecha por sus manos, bien visible sobre la mesa del gabinete—¿cómo no?—para que todo el mundo se enterase; y por si acaso no sucedía así, la criadita, chillando, en animada conversación con la pobre a quien iban a socorrer, lanzaba a los cuatro vientos las alabanzas de la niña. . . Todo esto me chocó. Decididamente, la señorita Elena de Mendoza, no me es simpática. Mejor dicho, ni simpática, ni antipática; un ser completamente indiferente.

“A sus hijos una vez más les envió la expresión de mi sincero afecto; y para usted, un abrazo verdaderamente filial de su siempre devoto amigo,

“Roberto”

“París, 19 de noviembre.”.

“Señor don Roberto de Sandoval,

“Tu carta, mi querido Roberto, la hemos leído y saboreado en familia. Nos ha encantado cuanto nos dices de Sevilla. Si al fin no vamos a Italia esta primavera, iremos a hacer una visita a esa rica joya de Andalucía. “¿Con que no pareció Juan de Mendoza?... ; Paciencia! . . . Mis pobres aguardarán un poco más tus mil pesos; de que los gano, no tengo la menor duda, y menos ahora, después de leer tu carta.

“Por tu descripción, aunque muy concisa, me gustan los habitantes de esa blanca casita de la calle de Federico Rubio. Y. . . ; válgame Dios, hijo mío, qué lata es para ti la palabra indiferencia! . . . Si esa señorita no ha causado en tu alma más que esa incolora impresión.

(Continuará)

La Educación Sexual

De Verbum.

Altos principios morales debén presidir y acompañar la aplicación pedagógica de los conocimientos sexuales que sean impartidos a la niñez y juventud.

Por el licenciado

Alfonso Francisco Ramírez,

Ministro de la Suprema Corte de Justicia.

Pocas cuestiones han sido capaces de suscitar un interés tan vivo y prolongado como la que se refiere al descubrimiento de las fuentes de la vida, a la revelación de la sagrada obra de la naturaleza, que Amiel deseaba se envolviera siempre "en el triple velo del pudor del silencio y de la sombra". En efecto: polvo de intensos debates ha caído sobre este problema, sin atenuar siquiera los relieves de su importancia; antes bien, parece que con el transcurso de los días adquiere proporciones tales, que imperativamente se requiere una resolución definitiva que venga a cancelar esperas y vacilaciones inútiles.

La vieja interrogación vuelve a escucharse con duplicada sonoridad: ¿se ha de dejar que el adolescente permanezca en la ignorancia del misterio sexual, hasta que el despertar de los instintos y el medio ambiente le hagan mirar con lucidez lo que sólo había entrevistado y presentido; o es indispensable suministrarle ideas y explicaciones de lo que ignora, realizando así una verdadera iniciación, tendiente a apartarlo de terribles males en acecho?

Siguiendo el autorizado dictamen de educadores ilustre por su ciencia y grandes por su existencia ejemplar, nos inclinamos a sostener la necesidad de que a su hora, con el tacto que la discreción aconseja, los padres o la persona que para ello se estime más adecuada, vayan descorriendo los velos paulatinamente, a fin de que la cruda luz de la verdad no hiera los ojos asombrados de los jóvenes, sino que sea como ese imperceptible y suave fulgor de madrugada que tan delicadamente va iluminando el mundo exterior, que no podríamos decir en qué momento preciso se ha hecho pleno día.

Conceptuamos un gravísimo error abandonar al joven a sus propios impulsos y a las solicitudes de fuera, entregándolo a la ciega casualidad sin prevenirlo con las indicaciones que dicte la prudencia, sólo porque no arrugue el ceño cierto puritanismo que aun en los huertos cerrados y en los jardines joyantes del sol se empeña en encontrar las venenosas flores del mal, y retrocede asustadizo ante nociones que ninguna sombra pueden proyectar en un pensamiento noble y elevado. "Sería doloroso y humillante, —escribe un notable publicista—, el sostener que el domingo en que brotan las fuentes de la vida haya de ser el único que permanezca cerrado a todo progreso pedagógico y aun científico. Así pues, séame permitido decir que la táctica del silencio erigida en sistema o deseada como principio, es una táctica peligrosa y manifiestamente perniciosa para los intereses del niño y de la sociedad: y que las iniciaciones claras, hechas con el tacto requerido, deben considerarse como una grave obligación que puede imponerse en nombre de la caridad y aun de la justicia, en ciertas circunstancias de la vida."

De nada servirá conservar al niño en una atmósfera de invernadero, si tarde o temprano han de azotarlo las rachas de la vida, pues entonces la desilusión y la caída serán tanto más lamentables, cuanto mayor sea la inexperiencia. Descontada, por lo mismo, la necesidad de esa enseñanza que concierne a realidades cuya revelación empleando las frases de un sociólogo insigne, "no puede menos de hacerse en forma discretísima, debiendo permanecer como esfumada, sin que deje de comprender los detalles precisos ineludibles", ocurre desde luego otra dificultad, consistente en saber si dicha instrucción ha de impartirse individual o colectivamente.

Para nosotros, no existe a este respecto, la menor dificultad. Su misma naturaleza, el cuidado exquisito que reclama la gravedad que encierra, hace que sea imposible "standarizarla", pues además de que sacándola a plena luz tendría por fuerza que revestir caracteres de brusquedad, en

vez de los matices tenues que pueden adoptarse en una confidencia o en un consejo, la experiencia anteriormente adquirida, volvería peligrosa una revelación uniforme. De ahí que se necesite impartirla individualmente, en la medida y en el momento que sea prudente en cada caso. Hacer otra cosa, es decir: prodigarlo en las escuelas, dando cátedras de anatomía y de fisiología, es algo incalificablemente brutal que, a cambio de algunos conocimientos, sembrará en las almas en flor de los niños, todavía no fortalecidos espiritualmente para vencerse a sí mismos, inquietudes y turbaciones que los incitaría a comprobar experimentalmente lo que de modo teórico han aprendido.

Pedagogo de gigantesca altura intelectual como Foerster, la han condenado con frases rotundas e inequívocas, diciendo: **Jamás debe practicarse una iniciación fisiológica especial y directa en la escuela...** Tal cosa sería una **imperdonable falta pedagógica**. Y contra quienes creen que es suficiente la sola instrucción para apartarse del mal, sin el concurso de las **fuerzas morales**

clama con encendida elocuencia: "Nunca, hasta el presente, la vieja ilusión de los pedagogos optimistas que creen que el demonio puede vencerse con la sola instrucción, ha aparecido con la claridad que pretenden atribuirle numerosos partidarios de la iniciación.

Estimamos, por tanto, indebido, desde cualquier punto de vista que se le considere, de que dicha enseñanza, con el objetivo de una iniciación sexual, se imparta en las escuelas, pues ni es indispensable para los niños descender a detalles en estas cuestiones, ni reportan provecho alguno de su conocimiento, antes al contrario, pueden ellas constituir un venero de curiosidad que inevitablemente conturbará la imaginación de los pequeños. En cambio, no vemos inconveniente alguno en que para los adultos y aún para jóvenes de cierta edad, pueda ser la enseñanza colectiva, en conferencias privadas, sustentadas en las grandes escuelas pues a esa edad, la iniciación está ya hecha, y son oportunas las luces de la profilaxis.

Pero tratándose de niños y adolescentes, debe

Prepararse para el porvenir es un deber

Una Póliza de Vida, es una garantía cierta para la felicidad futura.

Cuanto más joven sea Ud., más barata le cuesta su Póliza. Tómela hoy mismo.

**Tenemos Pólizas, para todos los bolsillos.
Consúltenos Ud. su caso particular y le damos idea de lo que más le convenga, sin compromiso.**

Banco Nacional de Seguros.

procederse con más cautela, para no herir sentimientos delicados y respetables, que perfuman con su poesía los años primeros de la vida. En todos estos asuntos, hay que tener en consideración que la iniciación sexual, más que una instrucción es una verdadera educación, es decir, que no se limita a proporcionar al entendimiento noticias sobre determinada materia sino que afecta profundamente al corazón y a la voluntad. De ahí que no deba comunicarse prematuramente, cuando el niño o el adolescente aún no hayan vigorizado su espíritu, aprendiendo a dominar los bajos impulsos mediante la práctica de austeras normas de conducta.

Es decir una candorosa simplicidad creer que la exposición de los males que pueden sobrevivir con la comisión de ciertos actos, es bastante para apartarnos de los mismos. Las descripciones, más realista sólo conseguirán que los alumnos continúen la clase fuera de las aulas, por medios de conversaciones y lecturas. En el mejor de los puestos, llegarán a obtenerse una pequeña disminución de enfermedades mediante la adopción de precauciones generalizadas; pero esa enseñanza descarnada y fría, no será, sin duda alguna, la que mantenga enhiesto el penacho de los idealismos y de las ilusiones que han constituido siem-

pre uno de los más envidables dones de la juventud.

Pero si se educa a esta en disciplinas viriles, enseñándola a dominarse a sí misma, recordándola que el hombre, como hermosamente decía Mercier, adquiere la convicción de que es una hombre, de que tiene derecho a juzgarse fiel a su dignidad de hombre, y en consecuencia, de estimarse y aún enorgullecen de sí mismo, en la medida en que la voluntad triunfa de sus instintos, cuando se ha modelado su alma al influjo de luminosos principios morales que hacen ver el cuerpo como el vaso deleznable que contiene una esencia fragante y perenne, no habrá peligro en iniciarla paulatinamente en las complejidades sexuales, porque entonces, desvelará el misterio con recogida emoción, comprendiendo que el placer de la carne está revestido de un carácter sagrado y reverbera un sentimiento de lo infinito, porque está vinculado a una obra de vida, a la obra de la generación humana, cuyas leyes, inviolables fueron dictadas por Dios, desde el origen. El pecado de la carne lejos de afianzarse en sus preteridos derechos de amor, aparecerá, desde luego, como un delito contra el amor, como un atentado a la vida, como una mancha de la carne y a la vez del espíritu."

Cardenal Mercier.

Reflexiones Cristianas

Las vanas y pasajeras alegrías pueden nacer en nosotros de tantos objetos cuantos satisfacen nuestras pasiones; pero el verdadero y el sólido consuelo no tiene otro origen que Dios; todo nace de él únicamente; es puro, tranquilo y lleno, cuando los demás son mixtos, inquietos, y no satisfacen; antes en vez de apagar la sed, la encienden más. La conciencia tranquila consuela y perdona; nos consuela plenamente después de habernos perdonado. Es error buscar la dicha fuera de la vida espiritual; pues fuera de ella sólo se encuentran inquietudes, pesadumbres y amarguras. Consuélanos los amigos; pero todos sus consuelos no llegan al corazón; y éste es el único que tiene necesidad de consuelo, porque en él reside la tristeza. Consuélanos los entretenimientos, las diversiones y los placeres; pero todo su

consuelo no pasa de los sentidos. Entre este tumulto de embelesos superficiales; en medio de todos esos exteriores divertimientos está el corazón despedazado con crueles amarguras. En fin, las criaturas nos consuelan, pero sus consuelos poco pueden para un pobre corazón atribulado. ¿Cuándo querrá el corazón humano comprender una verdad que está experimentando cada día? Si no experimentamos los efectos de la divina bondad es porque nos hacemos indignos de ella. Tengamos en ella una entera confianza, y experimentaremos sus dulces efectos.

Para vivir, luchar, sufrir y morir el alma es la que ha de sostenernos y no las ilusiones. Busquemos la fe y la fortaleza íntima y alcanzaremos la felicidad deseada.

Poemas en Prosa

Celosos los cielos del brillo de los ojos de las mujeres, dijeron:

—Vamos a arrojar sobre la tierra torrentes de luz, que eclipsen las miradas de las hermosas.

Celosos los pájaros de las armonías de la música, dijeron:

—Vamos a encontrar canciones de amor, más delicadas que las melodías del divino arte.

Celosas las flores del aliento perfumado de las vírgenes, dijeron:

—Vamos a esparcir perfumes, más suaves que la voluptuosa fragancia de las vírgenes...

Cantaron los pájaros y se llenó el espacio de notas melodiosas, más delicadas que las armonías de la música.

Abrieron las flores sus corolas y se inundó la tierra en suavísimos perfumes, más deleitosos que la dulce fragancia de las vírgenes.

Descorrieron los cielos el velo de sombra de sus nubes y se incendió el universo en claridades divinas, más brillantes que las miradas de las mujeres.

De aquel milagroso concierto del canto de amor de los pájaros del incendio de luz de los cielos y de los perfumes de las flores, nació la primavera más brillante que los ojos de las mujeres, más perfumada que el aliento de las vírgenes, más alegre que las armonías de la música.

La primavera, que viene a remozar la tierra con sus galas de flores; a embellecer los cielos con su manto de luz; a incensar las almas con la alegría de las canciones de amor. La primavera, que canta con su hermosura la grandeza de Dios y la fecundidad de la madre Naturaleza, promesa de pan para los hambrientos, promesa de esperanza y de vida para los que mueren entre sombras de dolor...

—Así he oído yo cantar a un encantador

poeta el génesis milagroso de la diosa de las flores.

Los pájaros anunciaron su llegada con cantos de amor.

Se oyó sobre la tierra un andar menudito de mujer, suave como el roce de las alas de las mariposas en el espacio; se escucharon rumores de músicas lejanas; se percibieron perfumes de flores recién abiertas y resplandores que deslumbraban las pupilas...

Los hombres preguntaron:

—¿Quién llegará, que canta como los pájaros, y exhala perfumes como las flores, y arroja resplandores tan vivos como los rayos del sol.

Y los pájaros, sus heraldos, contestaron:

—¡Es la PRIMAVERA!...

Y era, en efecto, la primavera que venía a remozar la tierra, borrando las huellas del infecundo invierno; la primavera, que llenaba las ramas nudosas de hojas verdes y de flores los jardines y de colores los cielos y de alegría las almas; la primavera, que hacía su entrada triunfal en los ámbitos de la tierra para devolver las esperanzas arrancadas por los huracanes de invierno; la primavera, que canta eternamente la fecunda soberanía de la gran madre Naturaleza...

Todos los años llega, con su manto de luz, coronada la cabeza con rayos de sol, con trinos de pájaros en la garganta y perfumes de flores en el aliento, a embriagarme con su hermosura. Cuando la hoja del calendario señale el comienzo de su reinado; cuando los pájaros anuncien su visita; cuando la veáis llegar, vestida de fiesta, con sus primores y regocijos, salid a recibirla en homenaje de amor y gratitud. Ella es la esperanza de hoy, el pan de mañana. Ella es también ilusión y alborozo para las almas doloridas. También las almas tienen su primavera de ilusiones y de flores.

¡Bienvenida sea la primavera, para la tierra en erial y para las almas desoladas!...

Recetas de Cocina

HUEVOS CON ESPINACAS:

En tacitas de pirex untadas de mantequilla, se pone primero una capa de espinacas que se han preparado de la manera siguiente: se lavan las espinacas y se pican finamente se cocinan en agua con sal, se escurren y se fríen en mantequilla, encima de las espinacas se echa una cucharada de mantequilla derretida y encima se quiebra un huevo, se espolvorea con queso rallado y se meten al horno caliente hasta que el huevo esté apenas cocinado, o según el gusto de la persona, se pueden dejar más duros.

HUEVOS CON ESPARRAGOS:

Se untan de mantequilla tacitas de pirex, se colocan debajo unas puntas de espárragos y rodajas de trufas y una cucharada de mantequilla

derretida encima se quiebra un huevo y se meten al horno caliente, se dejan cocinar al gusto, se sacan del horno y se adornan con puntas de espárragos y trufas. Se le puede echar un poquito de pimienta a los huevos, aunque es más sano no ponerle pimienta.

HUEVOS FRITOS EN NIDO:

Se cortan papas cocinadas en tiritas bien delgadas y en tacitas de pirex untadas de mantequilla se echan las papas, con una cuchara se separan las papas en el centro para formar un hueco del volumen de un huevo, debajo de las papas se echa una cucharada de mantequilla derretida, se quiebra un huevo en el hueco que se hizo y se meten al horno caliente hasta que esté cocinado el huevo, y se les adorna con tiritas de jamón frito.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

Agua de Colonia Nacional

fina

fresca

fragante...

Calidad Insuperable a Bajo Precio

Cómprela en la
Fábrica Nacional de Licores o en el

Almacén Robert Hermanos

Betina de Holst Hijos

le ofrece

CINTAS DE GRO, RASO y TAFETAN
en todos colores y anchos

CONSULTORIO OPTICO

“RIVERA”

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO:
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO